

como vasallos suyos en Macedonia, Tesalia y Grecia, al paso que los alemanes y franceses que acababan de establecerse allí permanecían fieles al emperador Enrique, el cual necesitó toda su habilidad y energía para conservar el imperio en su integridad; y solo el año 1209 pudo considerarse este peligro como terminado por el pronto, cuando los rebeldes fueron completamente estrechados por negociaciones hábilmente dirigidas y campañas enérgicamente realizadas.

Entre tanto, había procurado Enrique en varias ocasiones ganar nuevos territorios en el Asia Menor y entrar en relaciones con los habitantes de Trapezunde (Trebisonda), y aun con los seldyucidas de Iconio, mientras que Teodoro Láscaris concitó contra él á los búlgaros. Y así como Enrique llevaba al combate no solamente á sus compatriotas sino también á los griegos que se prestaban, también el emperador Teodoro se valió con gran habilidad de las armas de avaros mercenarios francos. Ambos príncipes, de grandes dotes, emplearon el uno contra el otro todos los medios imaginables; pero al fin resultó Teodoro el más fuerte; pues las fuerzas de Enrique se hallaban ocupadas desde largo tiempo en el teatro de la guerra y á grandes distancias.

El emperador de Nicea derrotó á los francos y á los de Trebisonda en varias ocasiones; y en una sangrienta batalla librada á orillas del Meandro, á principios del verano de 1211, venció también á los seldyucidas, á cuyo sultán Kaik-Khosru dió muerte con su propia mano (1).

Después, ó sea á principios del año 1212, emprendió Enrique un nuevo ataque desde el Helesponto, hacia el Sur, pero tuvo que reconocer que estos esfuerzos eran inútiles, y concluyó con una paz que ajustó con Teodoro, por la cual no quedó á su imperio más que una zona estrecha de territorios en la parte asiática del Bósforo y del Helesponto.

Sin embargo, marca esta época el apogeo del reinado del emperador Enrique. En frente de innumerables enemigos había logrado con fuerzas modestas, tanto cuanto era permitido esperar en sus circunstancias, y obtuvo además resultados, por cierto no menos notables, en el desarrollo interior del imperio latino. La cuestión religiosa figuraba naturalmente en primera línea, pues en ella se trataba nada menos que de la unión entre la Iglesia romana y la griega. En esto, es verdad que el papa Inocencio había perdonado á los cruzados y aun á los venecianos el ataque contra Constantinopla, como no era posible esperar otra cosa después del resultado obtenido; también había encargado repetidas veces á los vencedores que no rechazasen á los griegos por intolerancia altanera á la sumisión de Roma, y finalmente, había exhortado á clérigos expertos del Occidente á que se encargasen de la cura de almas y de la instrucción en los territorios del imperio latino; pero sus pasos habían dado al principio muy pocos resultados; pues de un lado quedaban los griegos adheridos con terquedad pertinaz á su credo y á su Iglesia, y del otro se hallaban entre los clérigos latinos muchas personas completamente inhábiles, ora ciegos fanáticos, ora ávidos aventureros que «buscaban pingües destinos bajo el manto sacerdotal;» y hay que agregar además las divisiones funestas entre los preladados latinos, y entre estos y los legos nobles del imperio. Los venecianos, que se habían apropiado la iglesia de Santa Sofía y nombrado el patriarca de Constantinopla, procuraban poner todas las iglesias en el territorio de la dominación de los francos para fortalecer así su posición política y mercantil.

(1) En esta catástrofe tomó también parte el emperador Alejo III, el cual había sido hecho prisionero por el marqués Bonifacio en noviembre de 1204, y logró evadirse de su prisión y pasar á los seldyucidas para valerse de ellos contra su yerno el emperador Teodoro, en cuyas manos cayó en esta ocasión, quedando prisionero suyo hasta su muerte.

Contra esto protestaron con gran energía los clérigos de los «cruzados», y sus discordias fueron interminables. Además, los grandes señores, los condes y los nobles, no se contentaron con los tesoros y territorios que les habían tocado como botín ó que habían recibido en feudo, sino que saquearon los ricos conventos griegos y confiscaron los bienes de la Iglesia griega que lindaban con sus propias posesiones. Las fechorías que se cometieron sobre este particular causaron profundísima impresión, y tanto más odiosa, cuanto que los francos procuraban á menudo quitarse el botín de los unos á los otros, con lo cual adquirieron muy mala fama los caballeros de San Juan y los Templarios que se habían extendido por todo el imperio latino. El emperador Enrique medió en tantas confusiones, tratando de calmar, tranquilizar y reconciliar los ánimos. Para los griegos fué varias veces defensor de la libertad de conciencia contra la intolerancia de los fanáticos, combatiendo las pretensiones jerárquicas con la misma energía que la codicia desenfrenada de los caballeros hacía los bienes eclesiásticos, y alcanzó en esto notables resultados, á lo menos aparentemente, en el llamado parlamento de Ravennica cerca de Zeitun (mayo de 1210), en cuyo punto reunió, después de la victoria sobre la rebelión de los caballeros lombardos, á los magnates seculares y eclesiásticos desde Macedonia hasta el Peloponeso, y estableció por ley que todos los bienes, rentas y derechos correspondientes á la Iglesia habían de ser siempre de su propiedad, y que los clérigos habían de pagar la contribución territorial, ó sea el «acroston», introducido desde el tiempo bizantino para las tierras que así recibían en feudo.

Los venecianos que tanto habían intervenido en estos asuntos eclesiásticos, se hicieron entre tanto dueños de una gran parte de Grecia.

El hábil Dandolo obtuvo para su patria, según dejamos consignado en otro lugar, un derecho jurídico á tres octavas partes del territorio bizantino, por virtud del tratado de repartición de marzo de 1204, y después de esto llevaban los Duces en su título las palabras: Señor de una cuarta y octava parte de todo el imperio de la Romanía (*dominator quarta et dimidia totius imperii Romanie*) (2). Verdad es que no podían, ni con mucho, ocupar ó defender los territorios y ciudades que comprendían en un principio estas tres octavas partes, pero en cambio hallaron muchas veces ocasión para ir más allá de los límites establecidos anteriormente, y para alcanzar una posición que los hizo por mucho tiempo dueños del comercio marítimo en los mares griegos. Los territorios situados entre el Pindo y el mar Adriático no pudieron llegar á ser suyos, porque el déspota Miguel se había anticipado lo mismo á ellos que al marqués Bonifacio, que asimismo había mostrado deseos de apoderarse de ellos, y solo tomaron á Dirraquiu (Durazzo) en el verano de 1205, pero la perdieron diez años después, yendo á parar á manos del déspota Teodoro, hermano y sucesor de Miguel. Mas suerte tuvieron en el Peloponeso, pues á pesar de que Godofredo de Villehardouin y Guillermo de Champlitte ocupaban casi toda la península, lograron los venecianos apoderarse de la parte más importante para sus intereses; es decir, del extremo Sudoeste de Mesenia con los puertos de Modone y Corone, y transformar estos últimos en fortalezas marítimas formidables, desde las cuales podían observar perfectamente y dirigir según sus deseos el activo movimiento naval que desde el E. y O. se había concentrado en aquella parte. El Senado veneciano dió el nombre gráfico á aquellas dos ciudades de *Oculi capitales communis*. Los habitantes de la ciudad de las lagunas deseaban hacer de las islas griegas, prin-

(2) Llevaron este título hasta el dux Juan Delfino, 1356-1361.

cialmente de Corfú y Creta, la base principal de sus nuevas posesiones. Tomaron á Corfú en lucha encarnizada, valiéndose del pirata genovés Leon Vetrano, pero no pudieron sostenerse allí mucho tiempo en frente de los Déspotas epírotos que de día en día se hacían más fuertes. Creta, por el contrario, á pesar de toda la resistencia de los habitantes griegos y de los genoveses que con este motivo dieron principio á una guerra sangrienta, fué sometida enteramente, y se aseguró por último su posesión por largos años, merced al establecimiento de colonias de nobles ciudadanos venecianos, que á virtud de feudo se encargaron del servicio militar de la isla. El archipiélago del mar Egeo le dejó Venecia para que le sometiesen y subyugasen á su antojo sus ciudadanos; pues en efecto había muchos hombres valientes que á guisa de los cruzados esperaban conquistar principados y condados; ante todo el heroico Marco Sanudo, sobrino de Dandolo, que fundó el ducado de Naxos; y aunque estos venecianos semi-soberanos tuvieron á veces disputas con su patria, fortalecieron en realidad su poder y su influencia. En la costa de la Tracia, finalmente, se apoderaron los venecianos de algunas importantes posiciones; ocuparon á Galipoli y dominaron desde allí las vías marítimas del Helesponto; extendieron sus antiguos barrios comerciales de Constantinopla sobre una gran parte de la ciudad, los protegieron con una ciudadela construida al efecto, y levantaron en ella un magnífico bazar que llegó á ser el centro de todo su comercio en el Oriente. Al frente de esta colonia de Constantinopla se hallaba un podestá que fué al mismo tiempo gobernador de todas sus posesiones en la Romanía. Llevaba este el pomposo título de «Déspota,» y pasaba por el hombre más poderoso del Bósforo después del emperador. Pero aun se extendió más allá la actividad de los venecianos; pues llegaron hasta las fronteras del imperio latino, y á pesar de la guerra feroz de aquel tiempo, supieron entablar y sostener relaciones comerciales con los rusos y trebisondos, con los griegos de Nicea y aun con los seldyucidas de Iconio, y así lograron poner el Oriente al servicio de sus industrias y de sus aspiraciones.

Si nos preguntamos ahora qué valor tenían al fin estas colonias franco-venecianas para la lucha secular entre el cristianismo y el islamismo, no podemos menos de pronunciar un juicio muy desfavorable en la cuestión principal. Admirable, por cierto, fué siempre la fuerza heroica con que los caballeros de la cuarta cruzada deshicieron las masas muy superiores en número de sus enemigos; grande reconocimiento merece el talento político de un Dandolo, de un Bonifacio y del emperador Enrique; y duraderos establecimientos políticos se fundaron en los territorios accesorios del gran imperio bizantino alrededor de la dominación insular de Venecia y en los pequeños territorios de la Hélade y del Peloponeso, donde los venecianos y cruzados francos lograron realizar una colonización hasta cierto punto sólida; pero con esto está agotado, por decirlo así, todo lo bueno que se puede afirmar de la dominación latina en el imperio griego, y no debe uno dejarse engañar de la espléndida aureola que rodeó los triunfos de los franceses é italianos en Constantinopla y Tesalónica. Los latinos, á pesar del socorro que recibieron de tiempo en tiempo del Occidente, eran muy pocos en número para que fuesen capaces de dominar largo tiempo sobre grandes territorios. La organización interior del nuevo imperio, la amalgama de las nacionalidades, la unión de las iglesias, todo esto estuvo bien tramado y fué favorecido con afán, principalmente, por el emperador Enrique; pero el resultado definitivo había de quedar inferior á las esperanzas más modestas. Así es, que la dominación latina en las provincias principales del imperio de la Romanía, se apoyó prin-

cialmente sobre las espadas de pocos hombres valientes; y no se podía esperar que sus fuerzas bastasen á vencer y conquistar los activos pequeños Estados griegos de Nicea y Epiro, por cuya causa habían de sucumbir poco á poco Constantinopla y Tesalónica al empuje de estos mismos adversarios, y entrar, por lo tanto, los magnates bizantinos en sus pérdidas sillas señoriales. La conquista de Constantinopla por los latinos y sus consecuencias no tienen, por lo tanto, gran valor, antes bien, fueron perjudiciales para la lucha del cristianismo con el islamismo; pues quitaron á Tierra Santa y por largos años las fuerzas vigorosas que luego se echaron de menos con gran sentimiento de todos, y destruyeron además en el imperio bizantino, ya decadente, el mejor baluarte que hasta entonces se había opuesto á que los mahometanos del Asia Menor avanzaran hasta él. Es verdad que los griegos de Nicea á las órdenes de jefes valientes vencieron en ocasiones á los seldyucidas; pero esto significaba poco en comparación de la división que había entre ellos y del desamparo del territorio bizantino que fué la consecuencia más terrible de la cuarta cruzada.

El esforzado emperador Enrique vió terminar su reinado bajo auspicios muy siniestros. En el año de 1214 fué asesinado el déspota Miguel; su sucesor, Teodoro, era un príncipe belicoso, de índole feroz, que, como ya hemos mencionado, arrebató á los venecianos á Dirraquiu (Durazzo) y Corfú, y empezó pronto á molestar á los caballeros franceses. No mucho después suscitó de nuevo aquel conde de Biandrate, con los lombardos de Tesalónica, las antiguas pretensiones de independencia, y cuando el emperador Enrique se dirigía allá para sofocar la rebelión, murió de repente el 11 de junio de 1216, sin haber cumplido los cuarenta años; tal vez envenenado por Biandrate. Con el favorito de los francos y enemigo magnánimo de los griegos, que solían llamarle *el segundo Arés*, descendió al sepulcro la última esperanza del imperio de la Romanía.

Cuando llegó á Constantinopla esta triste nueva, convinieron los magnates en ofrecer la corona imperial al cuñado del finado, Pedro de Courtenay, conde de Auxerre, que la aceptó, y organizó luego en su patria un pequeño ejército con el cual marchó al Epiro en el año 1217, por la Italia meridional y el mar Adriático. Allí encontró al déspota Teodoro que le simuló al principio amistad, pero después atacó á su ejército traidoramente destruyéndole en su mayor parte. El mismo emperador fué hecho prisionero y murió poco después de resultados de las heridas recibidas en el combate. Su esposa Yolanda, que emprendió el viaje por otro camino, llegó felizmente á Constantinopla, y fué reconocida como emperatriz; pero murió asimismo muy pronto, en el verano de 1219.

Su sucesor no fué el hijo mayor, el prudente marqués Felipe de Namur, sino su hermano menor el conde Roberto de Courtenay-Conches, hombre sensual, perezoso y cobarde, bajo el cual la dominación latina llegó muy cerca de su ruina total; pues mientras que el nuevo emperador hacía el viaje, en el año 1221, desde Francia á Constantinopla, pasando por Hungría, el déspota Teodoro se levantó contra el reino de Tesalónica, conquistó con poco trabajo una provincia tras otra, y entró al fin como vencedor (1222) en la capital, que estaba también poco defendida. El joven hijo del valiente Bonifacio, Demetrio, que había sido hasta entonces rey casi únicamente de nombre, se fugó á Italia y murió en el año 1227, después de haber fracasado en todas sus tentativas para reconquistar su reino.

El mismo año en que se perdió Tesalónica para los francos, murió también el emperador Teodoro Láscaris, y á este príncipe de grandes dotes sucedió otro soberano, por

cierto no menos valiente, yerno del finado, el prudente y aguerrido Juan Ducas Vatatzes. El emperador Roberto cometió la gran torpeza de tramar contiendas con este hombre y con Teodoro de Epiro, y en el verano de 1224 sufrieron los francos sensibles derrotas por parte de ambos adversarios; pero la mas completa se la causó Juan Vatatzes, y esto dió lugar á que los griegos de Tracia empezasen á ver en él á su libertador y futuro soberano. Pidieron en secreto socorro á Nicea contra los francos, y el emperador Juan les otorgó en seguida el socorro pedido y penetró victorioso por el Helesponto hasta Andrinópolis. Con esto hubiera sonado sin duda la última hora del imperio de la Romanía, si entre sus dos adversarios griegos no hubiese estallado una discordia profunda, pues el Déspota Teodoro de Epiro había tomado el título de emperador inmediatamente despues de haber ocupado á Tesalónica, y por este solo hecho se colocó en situacion hostil con el señor de Nicea. Tratábase ya de si debía dejar la conquista de Constantinopla y con ella el primer puesto en el futuro imperio griego á su rival mas afortunado, ó si debía reservarla para sí.

En tal situacion se decidió por mostrarse enemigo de las tropas de Nicea, á las cuales arrojó en efecto de Andrinópolis y avanzó hácia el E. de la Tracia; pero como lo mismo él que Juan Vatatzes estaban ocupados en los asuntos de su patria, no podían por de pronto continuar la lucha contra Constantinopla, y por lo mismo el imperio latino ganó todavía algun tiempo de existencia.

El miserable emperador Roberto, que no supo sacar ningún partido de este favor inesperado de la fortuna, murió en el año de 1228, sucediéndole su hermano menor Balduino II. Como este no tenía mas que once años, y dado el estado miserable del imperio, parecía de todo punto necesario que se adquiriese de afuera alguna fuerza mas vigorosa con objeto de dirigirlo y salvarlo, la eleccion recayó sobre el conde Juan de Brienne, que aun era rey titular de Jerusalem, hombre valiente y experimentado en la guerra. A pesar de sus ochenta años de edad se puso al frente de un pequeño ejército y se dirigió á Constantinopla en el año 1231, despues de haber sido nombrado emperador adjunto y de haber sido desposada su hija María con el joven Balduino. Poco antes había declarado su enemistad Teodoro de Tesalónica al activo y prudente monarca Juan de Asen, que reinaba por aquel tiempo sobre los búlgaros; pero fué completamente derrotado y el mismo hecho prisionero. En Tesalónica le había sucedido, sin embargo, su hermano Manuel; pero las esperanzas de la dinastía del Epiro en un gran porvenir quedaron desvanecidas desde aquella derrota, al paso que los búlgaros ocuparon de nuevo importantes posiciones en los territorios septentrionales de Tracia y Macedonia hasta la Albania. Naturalmente no habían ganado nada con esto los francos, sino cambiado un adversario peligroso por otro; sin embargo, se atrevió el emperador Juan de Brienne á emprender en el año 1233 una guerra ofensiva contra Juan Vatatzes, la cual no solo fracasó ante las buenas posiciones de defensa de este, sino que desencadenó además una nueva tempestad de destruccion y ruina contra los restos del imperio latino. El emperador de Nicea y el rey de los búlgaros se reunieron entonces para destruir y repartirse el imperio franco del Bósforo. El año 1235 ocuparon las regiones de la Tracia latina mas cercanas á sus dominios, y al siguiente empezaron el ataque de Constantinopla por mar y por tierra. En estos grandes apuros se defendió el anciano Juan de Brienne con gran valor y rechazó al fin á los enemigos con grandes pérdidas, despues de haber recibido en su ayuda escuadras considerables de parte de los venecianos y de los francos del Peloponeso. Poco despues murió (marzo de 1237); y el jó-

ven emperador Balduino II que por sí solo tuvo que tomar las riendas del gobierno, no hubiera podido resistir por tanto tiempo el ataque, si no se hubiese repetido la ya antigua costumbre de odiarse mutuamente ambos enemigos. El rey de los búlgaros, ante todo, no quería preparar al poderoso emperador de Nicea la entrada victoriosa en la capital del mundo griego y por esto entró en relaciones amistosas con los francos, salvándolos así otra vez de su ruina.

¿Qué se había ganado con esto? Los miserables restos del orgulloso imperio decaían cada vez mas y de un modo tristísimo, aun sin ataques hostiles. Se renovó sin cesar la discordia envidiosa entre los prelados venecianos y los francos; los griegos se negaron obstinadamente á aprobar ninguna forma de union eclesiástica, y los emperadores no podían reunir ni siquiera aquellas fuerzas para cuya formacion hubieran bastado los latinos del Bósforo; pues solo ya dueños de la capital, no tenían los medios necesarios para pagarles el



Los emperadores Pedro y Yolanda; y Miguel

Facsimiles del códice *De passage in Terram Sanctam* (Venecia)

salario. Verdad es que los magnates francos de la Hélade y del Peloponeso prometieron socorrer al emperador con sumas considerables; tambien es verdad que los Papas dirigieron sus llamamientos para el combate á los caballeros de Occidente, prometiendo á los defensores de Constantinopla las mismas indulgencias que á los cruzados de Tierra Santa; verdad es finalmente, que el emperador Balduino en persona se dirigió al Occidente á fin de reunir tropas y dinero, mientras que al mismo tiempo la regencia que le substituyó empeñó reliquias preciosas, principalmente la corona de espinas de Nuestro Señor que llegó en primer lugar á Venecia y de allí á Francia, donde formó parte del tesoro del rey Luis IX. Pero todos estos medios solo bastaron para las necesidades del momento; y así no se mejoró en lo esencial la situacion lamentable del imperio, ni mucho menos podia haber seguridades enfrente de enemigos tan numerosos.

El emperador Juan Vatatzes fué bastante prudente para dejar por de pronto la Romanía, nada peligrosa en tales circunstancias, abandonada á su inevitable ruina, y extender su dominacion en otras direcciones. Luchó, generalmente con buena suerte, contra pequeños señores griegos y francos establecidos en la costa del Asia Menor y las islas del mar Egeo; cayó además sobre los búlgaros á quienes venció y obligó á ceder sus mas recientes conquistas de Tracia y Macedonia; finalmente, se aprovechó con gran habilidad de las divisiones intestinas de la familia soberana de Tesalónica, obligándola á llevar otra vez tan solo el título de *déspota* y renunciar á la dignidad imperial, y se apoderó al cabo de Tesalónica en noviembre de 1246. Un príncipe de la familia imperial expulsada, Miguel II, hijo bastardo de Miguel I, conservó sin embargo una parte del Epiro, la primitiva posesion de su dinastía, pero reconociendo siempre la soberanía del emperador de Nicea.

Juan Vatatzes reunió, pues, un poder tanto mayor, cuanto que disponia además en el Occidente de fieles amigos y aliados; pues siendo los latinos en el imperio griego los pro-

tegidos principales de la curia romana, el enemigo principal de esta última, el emperador suabo Federico II, se colocó con los suyos al lado del dominador de Nicea. Sin embargo murió tambien Juan Vatatzes en 30 de octubre de 1254, antes de poder reconquistar la antigua capital de su imperio en el Bósforo. Su hijo y sucesor Teodoro II Láscaris, hombre de elevadas dotes, como sus predecesores en el trono de Nicea, tuvo que luchar por de pronto contra los búlgaros y epirotas que se habían sublevado contra él, inmediatamente despues de la muerte de su padre, y obligó á los primeros á hacer la paz; pero no pudo vencer la resistencia de los segundos, porque, siempre enfermizo, murió en agosto de 1258. Su hijo y sucesor no tenía mas que ocho años, pero entre los magnates del imperio se halló un hombre de altas miras, aunque ambicioso, inconsiderado y violento, el general Miguel Paleólogo, el cual pensó llevar á cabo la mision de la casa de Láscaris. La regencia tutelar que Teodoro II había nombrado para su hijo cayó por tierra y en enero de 1259 el precitado general subió al trono imperial con el nombre de Miguel VIII. Ante todo trató de justificar su usurpacion por medio de hechos de guerra, dirigiéndose en primer lugar contra los epirotas, los cuales le opusieron una gran resistencia; porque el Déspota Miguel había hecho alianza con los mas notables señores francos de la propia Grecia, á saber, con el príncipe Guillermo de Acaya, y á cuenta de la cesion de algunas ciudades de la costa, con el rey Manfredo de Sicilia.

Pero cuanto mayor fué la resistencia, tanto mas trascendentes fueron los resultados de la sangrienta victoria que alcanzó el emperador en octubre de 1259 cerca de Pelagonia, en la cuenca superior del rio Cherna. Las tropas del Déspota fueron dispersadas, los caballeros de Sicilia y Acaya muertos en su mayor parte y el príncipe Guillermo hecho prisionero. A pesar de que el Déspota se sostuvo todavía en las montañas del Epiro, no pudo ya ser peligroso para el emperador de Nicea, y la gran derrota que con él habían sufrido tambien los latinos pareció á Miguel como una exhortacion para no diferir mas tiempo el ataque contra Constantinopla. Para la «ciudad imperial» ya no había salvacion; porque tambien los búlgaros y seldyucidas estaban entonces enteramente agobiados por las luchas con los mogoles y por las discordias interiores, principalmente dinásticas. El emperador Miguel comprendió lo incomparablemente favorable de su situacion y se preparó en seguida para el ataque decisivo contra los restos del imperio de la Romanía.

En el año 1260 traspasó el Helesponto y se apoderó de casi todos los pueblos latinos fuera de la capital. Venecia procuró reunir para el año siguiente un ejército para el emperador Balduino con ayuda de los caballeros francos del Peloponeso y de las islas, al paso que Miguel entró en relaciones con Génova, la antigua rival de Venecia (por el tratado de Nínfeo de 13 de marzo de 1261) prometiendo á los genoveses la misma posicion privilegiada que los habitantes de la ciudad de las lagunas habían ocupado hasta entonces en el Bósforo, con tal que le ayudasen con sus medios de guerra. Pero antes de recibir refuerzo alguno de estos aliados se decidió la suerte de Constantinopla, pues en el verano de 1261, un oficial de Nicea, Alejo Estrategopulus, con una pequeña fuerza, dicen que de ochocientos soldados, se presentó en las cercanías de la gran fortaleza y logró entrar en inteligencia con sus habitantes griegos y penetrar en la ciudad en la noche del 25 de julio de 1261. A la mañana siguiente se dirigió muy temprano hácia el palacio de Balduino, el cual, al saber el peligro que le amenazaba, apeló en seguida á la fuga. Los súbditos latinos del emperador intentaron resistir y habrían podido tal vez vencer á los enemigos si estos

no hubieran aumentado muy hábilmente el terror y la confusion poniendo fuego á los barrios de los venecianos y francos. Entonces se precipitaron todos á la costa para huir y en poco tiempo desaparecieron de Constantinopla los mas de los latinos. El emperador Miguel apenas podia creer al principio en el éxito alcanzado sin ningún género de sacrificios; pero pocas semanas despues, el 15 de agosto de 1261, hizo su entrada triunfal y solemne en la reconquistada capital de su imperio. El emperador Balduino, cuyo gobierno fútil y estéril había hallado su digna conclusion en esta catástrofe deplorable, anduvo desde entonces mendigando por el Occidente socorros no ya para conservar, sino para recuperar su imperio, dirigiéndose primero al rey Manfredo de Sicilia y despues á su enemigo y vencedor, al ambicioso Carlos de Anjou que con tanto gusto habría conquistado coronas en Oriente. ¡Mas todo en vano! El imperio latino una vez derumbado ya no podia volver á la vida y en octubre de 1263 murió Balduino II como fugitivo en territorio italiano.

EL PRINCIPADO DE ACAYA

Mas grata que la historia de los emperadores francos en Constantinopla es la de los muchos príncipes latinos del Peloponeso, de la Hélade y de las islas del mar Egeo, entre los cuales sobresalen principalmente los grandes señores (duques desde 1260) de Atenas y los príncipes de Acaya. El poder de los primeros fué fundado por Oton de la Roche, noble borgoñon, en el invierno de 1204 á 1205; en Acaya (es decir, en el Peloponeso), se establecieron, segun hemos mencionado mas arriba, el joven Godofredo de Villehardouin y Guillermo de Champlitte, los cuales, en 1205, ganaron la mayor parte del Peloponeso con sus victorias sobre Leon Sguros y sobre su aliado el Déspota del Epiro, tomando despues Champlitte el título de príncipe de Acaya. En el año 1209 murieron Guillermo de Champlitte y su sobrino Hugo; y entonces Godofredo de Villehardouin aprovechó la ocasion que le ofrecieron estos dos fallecimientos para encargarse del gobierno de Acaya, donde reinó hasta el año 1218. Despues le siguió su hijo mayor Godofredo II (hasta 1245) y luego su hijo menor Guillermo (hasta 1278). Los tres Villehardouins eran hombres de talento superior, valientes, políticos, hábiles y amigos de la paz. Sometieron toda la península tomando poco á poco los últimos puntos fortificados de los griegos, como Corinto y Argos, Nauplia y Monembasia, y aseguraron su dominacion con la construccion de muchas fortalezas ó castillos y plazas fuertes espaciales, entre las cuales adquirieron gran fama, principalmente, la fortaleza de Clemenzi en el extremo occidental del Peloponeso, y Misitra con Gran-Maina en la falda del Taigeto. Los caballeros francos se establecieron en magníficos feudos, patrimonio de los antiguos dominios de los emperadores bizantinos y de los territorios de los vencidos magnates del Peloponeso.

La discordia religiosa, que tampoco faltó, se reprimió generalmente con mano vigorosa, y la baja poblacion griega, que pudo conservar sus hábitos y costumbres y que no pagó mas contribuciones que las acostumbradas de tiempo inmemorial, vió mejores dias que en los tiempos anteriores. Con tales auspicios, no solo se repuso el país de los pasados disturbios que la invasion de los francos había causado, sino que además en pocos años adquirió un desarrollo extraordinario. La agricultura, la industria y el comercio, contribuyeron de igual manera al bienestar de los habitantes, y el crédito era tan seguro y estaba tan bien arreglado, «que los comerciantes caballeros se marchaban de un punto á otro sin llevar dinero consigo, se alojaban en las habitaciones de los